

"CONOCIMIENTO DE CLAUDEL"

Por:
J.L. BARRAULT.

Conferencia pronunciada
en el Teatro Municipal
de Santiago, con motivo
de la visita que hiciera
al Teatro de Ensayo
en Junio de 1954.

Paul Claudel es considerado hoy día como el más grande de nuestros poetas franceses vivos. El mundo entero lo reconoce y sin embargo, en algunos medios y por intermitencias, se le niega en los salones. Creo que es un poeta al que ha rodeado el silencio antes de llegar a entenderse con su público. A menudo, se le acusa de ser incomprendible; por lo demás, él no se ha preocupado nunca mucho de hacerse comprender, pero ésta es una especie de pequeña injusticia, que en enamorado de Claudel, trato humildemente de reparar. Dicha acusación es a veces legítima, y otras oculta una mediocridad de alma bajo el /

pretexto del buen sentido y de la razón. Y es contra esa gente que yo me encarnizo personalmente. El buen sentido francés es una calamidad y Claudel es uno de los poetas que ha luchado contra ese buen sentido. Existe la lógica francesa, que es una cualidad: la de Descartes -ya no tal vez la de ciertos cartesianos- pero también existe ese lado mezquino del buen sentido que limita siempre los impulsos del alma y Claudel es justamente ... "un cohete" y si a veces no se le comprende es porque se eleva muy alto.

Hace ya más de quince años, que por primera vez enterré mis dientes en el cuello de toro de Claudel, más de quince años que lo servimos de todo corazón y que nos nutrimos de él. Y más de quince años, también, que aprendimos a amarlo. Claudel, es en efecto, un padre, un hombre que engendra y para mí constituye una alegría el tratar de que mis amigos traben conocimiento con él, así como también me siento dichoso al rendir homenaje a ese hombre íntegro, a esa catedral barroca, a esa poderosa criatura de Dios. No se han montado impunemente las principales piezas de Claudel e interpretado los personajes que más lo encierran, sin que se haya establecido entre Claudel y nosotros, una especie de misteriosa intimidad, una atracción de las almas. Nuestra mutua existencia, la de Claudel y mía, es una existencia de amantes. Nos hacemos escenas de celos, y tenemos crisis de amor, e impulsos. El, como yo, tiene dieciocho años y cuando rehacemos una pieza, se revela su poder. El acepta siempre rehacer sus obras y no tiene ningún respeto, o mejor dicho, ninguna mezquindad ante lo que ha creado, al contrario, siempre se le encuentra dispuesto a trabajar sus piezas para renovarlas. Y entonces, en medio del trabajo, tenemos maravillosos momentos de entusiasmo, de lirismo y de fiebre juvenil. En cambio cuando monto piezas que no le pertenecen, entonces me hace escenas de celos, etc.

Y si he aceptado dar esta pequeña charla para hacerles trabar conocimiento, como él dice, en su

arte poético, escribiendo la palabra en dos: Co, co edificado, y nacimiento (nacimiento-naissance) con él, es porque sé que se le aprecia en el extranjero desde sus comienzos.

La Francia no ha sido la primera en apreciar a Paul Claudel, como ha sucedido con otros grandes artistas franceses. Basta recordar, por ejemplo, a Berlioz, sostenido al comenzar su carrera, por Alemania. Claudel es amado en el mundo entero, puesto que el mundo entero se complace en escuchar la voz de un poeta que es Claudel quién habla- "extrae su inspiración, no en los tratados de retórica, en la prosodia de los autores paganos o en los manuales de galantería anticuada, sino en el canto de los salmos, alrededor del alma de su pueblo, en la vehemencia del predicador cristiano, en el canto del labrador y en el consejo de la alondra". Y aquí, ya Claudel ha pronunciado una de sus palabras: la alondra. Más tarde la describirá en el prólogo de su celebre pieza "La Anunciación a María" diciendo: "Es la alondra, aleluya, la alondra de la tierra cristiana, aleluya, aleluya, ¿la oís cómo grita cuatro veces seguidas? Hi, hi, hi, hi, más alto, cada vez más alto. ¿la véis con las alas extendidas, como una pequeña cruz vehemente, como los serafines que la representan, sin pies y con una voz aguda delante del trono de Dios"? La alondra, que durante siglos ha sido el pájaro simbólico de Francia y que por mi parte prefiero al gallo galo, demasiado vanidoso y adornado, esa alondra que tanto ama Claudel, es uno de sus primeros atributos y su canto agudo y vivo es el alma alegre de su obra.

Y ahora, que ya la alondra ha lanzado su fuerte grito hacia el trono de Dios, nosotros, si les parece bien, partiremos en busca de Paul Claudel a través de la selva virgen e intrincada, que es su obra, y para encontrarlo en su niñez, viajaremos hasta el campo de Champagne y llegaremos hasta un manzano. Y es ahí justamente, como en esas tarjetas postales que encierran un acertijo, e-

sas tarjetas postales de nuestra infancia, que al volverlas al revés las ramas dibujan súbitamente un perfil, es ahí, en las ramas entrelazadas de un manzano de Champagne que vamos a descubrir a Claudel niño, en su observatorio. Voy a leerles un pequeño poema que pertenece a "Conocimiento del Este" y donde dice Claudel: "Me vuelvo a ver en la más alta rama del árbol viejo, en medio del viento, balanceado entre las manzanas. De allí, como un Dios en su tallo, soy un espectador del teatro del mundo. En una consideración profunda, estudio el relieve y la conformación de la tierra, la disposición de los planos y de las pendientes. Fija la pupila, como el cuervo, observo el campo desplegado bajo mi percha. Sigo con la mirada ese camino, que dos veces sucesivamente se aparece en la cresta de las colinas, y que al fin se pierde en el bosque. Nada se escapa: la dirección del humo, la cualidad de la sombra y de la luz, el avance de los trabajos agrícolas, un coche que se mueve en el camino, los disparos de algún cazador. Ninguna necesidad tengo de un diario, donde sólo leo el pasado, pues con subirme a la rama, por encima del muro, tengo delante de mí todo el presente. La luna sale. Vuelvo mi rostro hacia ella. Bañado en mi casa de fruta permanezco inmóvil y de tanto, cae una manzana del árbol como un pensa-
miento maduro y pesado".

Y bien, para trabar conocimiento con Claudel, tra-
temos de rebuscar en su obra, precisamente en al-
gunos de esos pensamientos maduros y pesados que
caen como una manzana y preguntémosle antes que
nada lo que piensa de la poesía. Y he ahí su res-
puesta: "La poesía es el universo de las cosas vi
sibles a las que la fe añade el de las cosas inv
sibles".

Desde el comienzo hay que darse cuenta que Clau-
del se encara directamente con lo visible. Es un
hombre físico y es su fe la que añade el sentido
de lo invisible. En "División de Mediodía", Clau-
del dice, por boca de su personaje Mesa: "Hubiera
querido verlo todo... amaba en tal forma las co-

sas visibles... hubiera querido verlo todo, tener lo todo, apropiándomelo y no solamente con los ojos, sino con la inteligencia y el espíritu, y conocerlo todo, a fin de ser íntegramente conocido".

Pasemos ahora a un segundo pensamiento del poeta. ¿Cuál es para Claudel el fin de la poesía? "El fin de la poesía -dice- no es, como precisa Baudeleire, hundirse hasta el fondo del infinito para encontrar algo nuevo, sino llegar al fondo de lo definido para encontrar lo inagotable". Siempre Claudel enfrentándose con lo visible y lo definido. Por lo tanto, para tratar de encontrar la inagotable riqueza de Claudel, dirijámonos primero hacia lo que hay en él de visible y definido. Hagamos su retrato, un retrato visible, definido, físico de Claudel. Es antes que nada un campesino. Un campesino sólido de la región de Champagne, con los pies metidos en el barro, que ama los campos de trigo y respeta las piedras, desde que nace serpenteando la viña; bien plantado sobre sus piernas, en medio de los trabajos agrícolas, la pupila fija como un cuervo, dirige su atención sobre lo visible y lo definido, ya que nada se le escapará. Llegará a describir hasta los cerdos. Hay un poema en prosa, donde describe al puerco con un realismo extraordinario.

Creo que todo ésto es importante para llegar a conocerlo: Claudel es un hombre físico que se enfrenta con lo visible. En seguida, ese campesino, es un diplomático. Y esa condición de diplomático, convertirá al campesino en nómada, es decir en lo contrario de un campesino. Y ya no se contentará con cultivar su campo, sino que cultivará la tierra entera. Claudel va a arar el globo terrestre y los surcos serán las latitudes y las longitudes.

Claudel dará la vuelta al globo hundiendo pesadamente su arado personal y eso es lo que dá a su obra su carácter cósmico y universal. Y al pronunciar esta palabra, tengo que referirme a la posición religiosa de Claudel. Claudel campesino, diplomático, es también católico, y quién dice cató

lico dice universal. "Y el primer artículo del credo nos enseña -es él quien habla- que el universo se compone de dos partes: las cosas visibles y las invisibles" ¿Véis esa especie de obstinación de su parte en hablar de lo visible y a través de éste, percibir lo invisible? Es lo que él llama: los dos lados del libro.

Durante un cuarto de hora, describirá algo de una manera muy realista, de una manera visible y física, y de pronto, dá la vuelta, cambia el libro de posición y se lanza hacia lo de invisible que hay en lo que describía. Esto es algo muy verdadero, según mi opinión, una de las llaves del buen conocimiento de Claudel. Y también es algo, que desgraciadamente para mí, he constatado a través de mi vida: el que cada persona tiene, como los dos lados del libro, dos lados a su vez, uno visible y otro invisible. Todo ser humano tiene sus abismos y es a través de lo que el ser humano tiene de visible, que puede llegarse a desentrañar lo que posee de invisible, de profundo, de misterioso y de divino.

Todo ésto lo he sentido de un modo doloroso y verdadero, y quisiera, al contároslo, probaros que ésta no es una charla mundana y amable, sino un contacto humano, veraz, auténtico y sangrante. Lo sentí y lo constaté cuando murió mi madre. Ella era un ser visiblemente encantador, con bellos ojos azules, una pequeña nariz respingona de parisiense, ligera como un pájaro y despreocupada, pero en el momento de su muerte hubo en ella una metamorfosis que la transformó en un verdadero patriarca. Esa persona que inspiró durante toda su vida a los que la rodearon, el deseo de protegerla, de cuidarla, de aliviar sus dolores, y que estaba rodeada de ese aire de ligereza, y bien, es ella la que nos protegió, era otro ser, que había permanecido invisible para nosotros y que era un verdadero patriarca. Era el segundo ser divino, que súbitamente, empezaba a vivir su propia muerte, y la conducía durante cuatro o cinco días, denominándola, y éramos no-

sotros los desesperados, mientras ella nos lleva hasta los límites de su muerte. Ahí, todo lo que he dicho se vé claramente, pero en la vida diaria, siempre es posible constatar ese giro de los seres ya hacia el lado visible o hacia el invisible. Y Claudel traduce esta verdad de la existencia en toda su obra. Salvo, que si no se le comprende, no se comprende tampoco que ha hecho.

En "División de Mediodía", por ejemplo. Ysee, la heroína, hablará durante media hora de un modo familiar, casi grosero a veces, como la gente que vive en las colonias y que tiene el snobismo de hablar un poco libremente. Pues bien, en medio de esa familiaridad, se produce de pronto la inmovilidad de los personajes y del fondo mismo de ellos sale un segundo personaje que hasta entonces había permanecido invisible: "Mesa, yo soy Ysee, soy yo". Es el segundo personaje que sale. Y entonces Claudel da vuelta el libro, nos muestra el segundo lado y ese segundo lado es tan verdadero como el otro, solamente "que es el otro". Y este giro súbito es muy importante para seguir el proceso de su obra.

Otro rasgo que viene del lado católico de Claudel es el que dará la pasión del límite: "Mi deseo es el de ser el que reúne la tierra de Dios como Cristóbal Colón, cuando se hizo a la vela, y su pensamiento no era el de encontrar una nueva tierra, sino de perfeccionar el eterno horizonte". Ciertamente Cristóbal Colón no quería encontrar una nueva tierra, sino simplemente probar que la tierra era redonda y que para ir hacia el Este, podía ir hacia el Oeste y llegar al Este de todos modos. El quería perfeccionar el aterno horizonte.

Claudel coge esta ocasión para yuxtaponer ese cinturón católico, y quién dice católico dice universal. Y he ahí el tercer lado del retrato de Claudel: campesino, diplomático, católico.

Y por fin, cuarto lado: Claudel es un poeta. Un poeta, y en la categoría de éstos un poeta lírico. Es un poeta que pertenece, en la escala de la poesía humana, a David, a Homero, a Esquilo, a Dante, a Virgilio, a Shakespeare, a Beethoven, a Rimbaud, a Dostoievki. Son todos ellos, líricos. Y en fin, para terminar este primer retrato de Claudel, citaré dos de sus frases, dos pensamientos maduros y pesados. El primero sobre estética: "El simbolismo -dice- quiere que el objeto del arte no sea el de expresar la realidad, sino el de significarla".

Así mismo, Claudel se enfrenta con la realidad para significarla y es perfectamente lógico consigo mismo. Siempre tratamos con ese mundo visible al cual su fe añade el de las cosas invisibles. El toma el mundo visible y le dá un significado. Y por eso, espera la señal. Y esto es lo que describe en el libro que titula: "El ojo escucha". En esta posición del ojo que escucha, todo el ser está dirigido hacia las señales que pueda recibir. La segunda frase contiene una fase del espíritu de Claudel siempre orientado hacia la señal: "Los hindús -dice- con una triste obstinación (como católico, él repite obstinación) no cesan de repetir que todo es ilusión, pero nosotros los cristianos creemos que todo es alusión". El busca siempre alusiones y signos en la realidad. De ese modo, Claudel joven, asentado en lo visible y en la tierra, es irresistiblemente atraído por lo invisible, por el Cielo, hasta apasionarse por esos dos lados del libro. Y Claudel espera, está al acecho para recibir señales y alusiones del Cielo.

Señales, debía recibir dos. A la edad de dieciocho años, en 1886, la primera que recibe del Cielo, es que un día paseando frente a las librerías, encuentra un ejemplar de las "Iluminaciones" de Rimbaud. Y he aquí lo que él dirá de Rimbaud y de la influencia que éste tuvo sobre él: "Rimbaud ha constituido para mí una influencia capital. Otros, y principalmente Shakespeare, Esquilo, Dante, Dostoievki, han sido mis maestros y me han mostrado el secreto de mi arte, pero sólo Rimbaud ha tenido sobre mí una

acción que puedo llamar seminal y paternal y que me lleva a creer realmente que hay una generación en el orden de los espíritus como en el de los cuerpos. Recordaré siempre esa tarde de junio de 1886 cuando compré las "Iluminaciones". Fué realmente una iluminación para mí. Salía por fin de ese mundo odioso de Taine, de Renán y de los otros Molochs del siglo diez y nueve, salía de esa prisión, de esa horrible mecánica enteramente gobernada por leyes perfectamente inflexibles, y para colmo del horror, conocibles y enseñables, y lo sobrenatural me era revelado súbitamente. El genio se muestra allí bajo su forma más sublime y más pura como una inspiración venida no se sabe de dónde". Y toda su vida, Claudel rezará por Rimbaud.:

"Hay alguien que cada día piensa en él con una invencible fidelidad, con una infinita gratitud, con un profundo afecto, como un hermano mayor y como un maestro superior. Hay alguien que se obstina en atestiguar delante de Dios que se lo debe todo y que es El quien me salvó del infierno y de la universidad". Cuando dice "me salvó del infierno" lo comprendemos. Pero añade: "me salvó del infierno y de la universidad". En efecto, Claudel tal vez no simpatiza con ella y ésto me hace querer darles a Uds. la definición del intelectual por Claudel: "Llamo intelectual -dice- al inadaptado. No hay más que una clase de personas peligrosas: es la de los intelectuales. Es decir, de los que poseen un instrumento que no tiene empleo".

Como Uds. lo ven estamos muy lejos del mundo intelectual. Estamos desde hace un cuarto de hora, junto a la humanidad de ese campesino físico que tomando la realidad como se moldea la masa para hacer el pan, trata de encontrar el misterio, la señal, lo invisible: en una palabra, trata de descubrir a Dios.

La segunda señal que recibió Claudel, fué ese mismo año, el 25 de Diciembre, durante la misa

de medianoche. Y es ni más ni menos su conversión. Tiene dieciocho años. Voy a leeros el texto que es cribió sobre su conversión y que hace conocerlo más: "Nací el 6 de agosto de 1868. Mi conversión se produjo el 25 de diciembre de 1886. Tenía dieciocho años. El desarrollo de mi carácter estaba muy avanzado, aunque descendía por dos lados de an tepasados creyentes, que incluso habían dado varios sacerdotes a la Iglesia.

Mi familia era indiferente y después de nuestra llegada a Paris, llegó a ser completamente extranjera a las cosas de la fe. Mucho antes yo había hecho mi Primera Comunión, que, como para la mayor parte de los niños, fué el coronamiento y el término de mis prácticas religiosas. Fuí educado, o mejor dicho instruído, primero por un profesor libre, luego, en un colegio laico de provincia, y por último, en el Liceé Louis le Grand. Ya desde mi entrada en este establecimiento había perdido la fe que me parecía inconciliable con la pluralidad de los mundos. La lectura de la "Vida de Jesús", de Renán, proporcionó nuevos pretextos, a este cambio de convicciones, que todo lo que me rodeaba hacía más fácil y más profundo. Basta recordar esos tristes años del 80, época del pleno apogeo de la literatura naturalista. Aunque todo ello me parecía triste y aburridor, yo vivía en la inmoralidad y poco a poco iba cayendo en un estado de desesperación. Me había olvidado completamente de la religión, y mi ignorancia en la materia era la de un salvaje. Ese era el desdichado niño que el 25 de diciembre de 1886, se dirigió a Notre Dame para seguir los oficios de Navidad. Comenzaba yo a escribir por entonces, y encontraba en las ceremonias católicas, consideradas con un diletantismo superior, un excitante apropiado, y materia para algunos ejercicios decadentes.

Y fué en esas disposiciones, que apretado y empujado por la multitud, asistí con un placer mediocre a la gran misa. Y luego, sin tener nada mejor que hacer, volví a las vísperas. Los niños de la Maitrise vestidos de blanco, y los alumnos del Peque-

ño Seminario de San Nicolás du Chadonnet, que los asistían, cantaban lo que yo más tarde supe que era el Magnificat. Yo me encontraba de pie, entre la multitud, cerca del segundo pilar a la entrada del coro, a la derecha, al lado de la sacristía. Y fué entonces cuando se produjo el acontecimiento que domina toda mi vida. En un instante mi corazón fué tocado y creí. Creí con tal fuerza de adhesión, con tal impulso de todo mi ser, con una convicción tan poderosa y tal certidumbre, sin que hubiera lugar para ninguna especie de duda, que desde entonces, todos los libros, todos los raciocinios, todos los azares de una vida agitada, no han podido conmovérme ni fe, ni siquiera, tocarla. Tuve, súbitamente, el sentimiento desgarrador de la inocencia, de la eterna infancia de Dios: una revelación infalible".

Claudél recibe ese golpe del Cielo a los dieciocho años, en una época en que empieza a ser amado, y en que su mentalidad y su espíritu se encuentran avanzados. Pero no hay que creer que esta conversión va transformar esa especie de salvaje, en un cristiano y en un católico, de la noche a la mañana. Claudél inicia un segundo período de su vida, a partir de su conversión y de la revelación de lo sobrenatural por una palabra; éste es su período de formación, su período, que podríamos llamar, de iniciación. Y va a demorarse más de diez años en llegar a ser lo que es, en contruirse. Pues Claudél es un extraño animal que posee una savia hirviente, ya que, para llegar a sublimar la materia y el temperamento de salvaje que hay en él, correrá sañgre, y habrán dolores, pruebas y sacrificios. Su temperamento es inmenso, y él no tratará de matarlo, rompiéndolo, sino de sublimarlo. Y en medio de esta lucha, conocerá derrota tras derrota, hasta la victoria final. Esta lucha que dura de los dieciocho, a los treinta años, más o menos, nos entregará una primera serie de obras sangrantes que comprenden desde "Cabeza de Oro" a "División de Mediodía". Y es en su obra

donde se retrata esta primera época de Claudel.

Al finalizar este largo combate espiritual -"tan brutal -decía Rimbaud- como la batalla de Homs", Claudel podrá exclamar como su hermano mayor: "Ha sido una noche dura, y la sangre seca humea sobre mi rostro". Y es que Claudel va a pasar esos diez años de lucha entre su carne y su espíritu, y esa lucha es una lucha áspera, y que la sentimos en él. Es una lucha a muerte entre la carne y el espíritu, el espíritu contra la carne, y la carne contra el espíritu.

Claudel, empapado de su conversión y devorado por su corazón múltiple, elige para expresarse como poeta, el teatro. Y es muy importante. Y creo en general que se ignora. Claudel empieza escribiendo para el teatro; él es, originalmente, un hombre de teatro. No es un poeta llegado a éste, sino un autor dramático que además es poeta. Elige el teatro antes que nada y lo define de un modo encantador: "Los miro -dice la actriz en "El Intercambio", hablando del público-, los miro, y todo lo que hay en la sala es carne viva y vestida. Adornan los muros como moscas hasta el techo, y veo un centenar de rostros blancos. El hombre se aburre y la ignorancia los sigue desde su nacimiento, y no sabiendo nada de nada, cómo empieza o termina algo, va al teatro y se mira a sí mismo con las manos sobre las rodillas, y llora, y ríe, y no siente ganas de irse. Los miro y sé que allí se encuentra el cajero, cuyos libros van a ser revisados mañana, y la madre adúltera cuyo hijo ha caído enfermo, y el que acaba de robar por primera vez, y el que ha dejado correr los días sin hacer nada. Y miran y escuchan como si durmieran".

Es una pequeña definición del público. Decíamos que Claudel elige el teatro, y a los veinticinco años, El Mercurio, de Francia, publica una primera selección que se llama en general: "Allí". En esta selección hay cinco obras: "El Intercambio", que escribió mientras era Cónsul en los Estados Unidos; "El descanso de la séptima hora", que es-

cribió estando en China; "La Joven Violena", primera versión de su obra maestra: "La Anunciación a María"; "La Ciudad", pieza donde se encuentra esa especie de opresión materialista del siglo diecinueve, y por último: "Cabeza de Oro", que es su adiós al paganismo y su profesión de fe.

En esa época, "Cabeza de Oro" fué considerado un verdadero golpe de mar poético. Si entonces, se hubiera servido al teatro, como tratamos de servirlo ahora, es decir en su más grande dimensión y no limitándose a un teatro psicológico y burgués, "Cabeza de Oro" debió de haber sido la batalla de Hernani en 1889. Hace ya diecinueve años que le pido a Claudel montar esta obra. Pero Claudel no ama ya "Cabeza de Oro", lo reniega, lo encuentra incomprendible, como una verdadera selva verbal que ya ni siquiera puede leer. Y cuando le dije que "Cabeza de Oro" debió haber sido la batalla de Hernani en 1889 (Hernani había sido vuelto a poner en escena por la Comedia Francesa, seis meses antes sin mayor éxito), Claudel no vaciló en responderme. "Si, pero hay que tener cuidado con que no sea el Hernani de 1954" En "Cabeza de Oro" puede descubrirse el personaje invisible de Claudel, o mejor dicho, los diferentes personajes que lo componen. Vemos, primeramente en la obra, al muchacho débil, deficiente, condenado a morir. Este personaje era Claudel antes de su conversión. El personaje de Cebes. Cebes es un joven deficiente, neurasténico, enfermo, y él mismo lo dice:

"¿En qué emplearé yo estas manos que cuelgan, estos pies que me conducen como el sueño nocturno hacia un mundo sin luz?", (siempre el mundo materialista). "¿Qué soy yo, qué es lo que hago, qué es lo que espero? Y yo respondo: No lo sé. La palabra sólo es un sonido y los libros, papel". Como Rimbaud, Cebes puede exclamar: "La vida está en otra parte".

Y surge entonces oponiéndose al primero, el segundo personaje de Claudel, del Claudel converti

do. Es Cabeza de Oro, el joven campesino que llegará a ser como un Tótem de la fuerza; Cabeza de Oro. El quien siente que a pesar del mundo sin luz, a pesar del mundo materialista que nos condena a muerte a todos, hay en cada uno de nosotros una llama, un fulgor, un deseo de vertical, que quiere romper este techo materialista que a cualquier precio, hay que salvar. Y entonces, este personaje de Claudel exclama: "Que no pierda yo mi alma, esa savia esencial, esa humedad interior de mí mismo".

¿Ven Uds. su concepción siempre físico, carnal, aún en las cosas más inmateriales? El llama al alma: "humedad interior de sí mismo". Es una efervescencia cuyo sujeto soy yo: "Que yo crezca en mi unidad, que permanezca único y derecho". Y entonces, se produce la verdadera carrera hacia la luz. Bajo la influencia de Homero y de Esquilo. (Y dice Claudel de Homero: "Si las musas se renovaran, no lo habrían hecho mejor".) Claudel compone ese gran golpe de mar poético a los veintidos años. "Cabeza de Oro" es una obra confusa, semi-prometeana, semi-cristiana; pero contiene toda la savia de Claudel y todo su poder de luz. Su llama se extiende con inmensa fuerza y todo se derrumba junto a "Cabeza de Oro" avanza, gana, y arrastra los hombres consigo. Es un penetrar fulgurante a través del techo materialista. Es el espíritu que se transforma en espada, aspirando toda la sangre para sí. Y entonces, se vé en "Cabeza de Oro", una especie de adiós al mundo materialista, ese divorcio de él y e se remontarse verticalmente como un cohete. Y "Cabeza de Oro" toma al pequeño Cebes, toma toda una generación condenada a muerte y deficiente y la arrastra en su llama y en su fe. "Cabeza de Oro" es la obra de la savia de Claudel.

En "El Arbol" y en las otras piezas, se descubre un tercer personaje. Ya conocen Uds. al primero. Es un joven deficiente, femenino, que recibe: Cebes. Y el segundo que por el contrario, es un macho, el que dá; es la llama, la fe, el soldado, el héroe. Ahora, encontramos un tercer personaje. Podría llamársele aquél al que le falta la Gracia.

El personaje que llamó a Dios y no recibió respuesta. Es un personaje vivido por Claudel. Cuando joven, fué impío y ateo, y súbitamente se transformó en convertido y cristiano. Son dos personajes. Pero más tarde quiso ser sacerdote, y creo que los sacerdotes que lo aconsejaban, no quisieron aceptarlo y aún le aconsejaron no hacerlo. Tal vez fuera éste un signo de gran inteligencia de parte de quienes sintieron que en Claudel había una savia demasiado fuerte para que él fuera sacerdote. Y entonces, Claudel sufrió mucho y se consideró abandonado de Dios. Y así creó ese tercer personaje, el que llama a Dios y Dios no le responde. Y en toda su obra, se le volverá a encontrar. En Don Camilo de "La Zapatilla de Raso", en Turelure, de "El Rehén", en Amalrica, de "División de Mediodía", y la primera vez que aparece es precisamente en ese libro, "El Árbol", en la pieza llamada "La Joven Violena". Allí se llama Mara, Mara llama a Dios, pero allá está lejos de Dios, y Dios no viene a ella. Y Claudel, que sintió muy profundamente ese personaje, creó un personaje, no sacrílego, pero sí voluntariamente materialista y que valoriza los otros dos.

Concluirá en el
próximo número.

